

El cine: *Sangre y arena*
(*El Imparcial*, 10-1-1917)

Uno de estos días se proyectará en París *Sangre y arena*, la película preparada y dirigida por Blasco Ibáñez. Quiere este ofrecer las primicias a lo más selecto de París, en uno de los «cines» singularmente elegantes, el de los Campos Elíseos o el Femina.

En Barcelona se ha dado una proyección íntima, a la que no han asistido más que unos cuantos amigos de Blasco. No asistieron periodistas. Estas notas son las primeras que hablarán del lanzamiento de *Sangre y arena* al mercado cinematográfico.

Aparece Blasco en el primer cuadro. Bajo el sombrero de paja destaca su cabeza mora. Cuello Schiller. Fuma vorazmente un cigarrillo, y para que el público no dude que él es español, lanza el humo por las narices en chorros intermitentes y espesos. Y van apareciendo Gallardo el torero, doña Sol, «Plumitas» el bandolero y toda la fauna excéntrica que acompaña al matador. La película recoge a este desde la infancia y en el lienzo desfila toda la minuciosa biografía de un torerito: las capeas, los viajes clandestinos, las novilladas, la alternativa, el triunfo, los amores, las admiraciones populares... No hay detalle taurino ni flamenco que haya olvidado Blasco. Y como van apareciendo, en una larga sucesión de cuadros, corridas y plazas, cogidas y tientas, encierros y la vida familiar torera, nos da la impresión de que hojeamos una colección de la lidia.

Los paisajes de Sevilla y de Granada son admirables. Las escenas de Tablada, también. La procesión de Semana Santa consigue un efecto originalísimo, según los iniciados. Parece ser que no se consiguieron hasta ahora en el «cine» escenas nocturnas que Blasco ha logrado haciendo de magnesio los cirios. «Esto asombrará a los técnicos cinematográficos de París», decía Blasco. Y volvían en seguida las hazañas de la torería. Volvían los tendidos vociferadores, las angustias del circo, los detalles todos de la fiesta, recogidos sabiamente para que hieran las curiosidades cosmopolitas.

Dentro de un mes veremos por España *Sangre y arena*. Antes, seguramente, se proyectará por Europa —por la Europa aliada, naturalmente—, y las multitudes acudirán a los «cines» a ver la más real y la más excitante de las españoladas. Porque Blasco ha evitado en las visiones de plazas de toros el espectáculo de los caballos sangrientos. Ha querido dar la palpitación colectiva del circo y la tragedia del torero español, aspirando siempre a un amor patricio que no guarda fe, a un arte perfecto que no se sostiene, a una fidelidad de la multitud tornadiza.

Digamos que la película tiene un prólogo, cuatro partes y centenares de escenas. La subraya una rapsodia española. Dura unas tres horas. Una noche de toros y de mentideros flamencos.